

un sementero de henequén al hombro, y una estaca en la mano, dirigiéndose á la milpa, en compañía de sus mujeres y de sus hijos cargados también de la preciosa semilla. Llegados, emprenden la tarea de la siembra, abriendo un agujero en la tierra con la estaca, y depositando en él los granos de la fecunda simiente, guardada con exquisito esmero desde el año anterior. Obraban con tal actividad y destreza, que, en pocos días, la siembra quedaba concluída, en espera del agua del cielo para brotar rica y exuberante.

Si las lluvias eran abundantes, las sementeras prometían cosecha copiosa; pero antes de la dichosa recolección de los frutos, todavía quedaba á los agricultores mucho trabajo que hacer, hasta coronar las fatigas del año agrícola. Había que poner centinelas vigilantes que ahuyentasen las aves y otros animales dañinos, é impedir que diesen fin con las plantas acabadas de nacer; había que escardar á tiempo para que la maleza no ahogase los sembrados; y, para mejor defender la sementera de tantos riesgos, fabricaban los mayas, en el interior de las milpas, pequeñas chozas á las cuales denominaban *pazel*, y allí vivían los agricultores destinados al cuidado de la siembra. En estas chozas se depositaban las mazorcas, y luego el maíz ya separado de la tusa ó *bacal*, entre tanto se trasladaba á las trojes en que debía conservarse.

## CAPITULO XI.

Fiestas públicas.—Bailés.—Comedias.

Las fiestas públicas eran dadas por los caciques, ó en honor suyo. El principal elemento de placer y regocijo era la comida, en la cual el anfitrión obsequiaba á porfía á los convidados, con aves asadas, perritos llamados *tzomes*, de poco ó ningún pelo, asados debajo de la tierra, pan de maíz de esquisitas variedades,<sup>1</sup> y bebidas de maíz y cacao. Había de particular que, al fin del banquete, cada convidado recibía, como muestra de especial agasajo, una manta de algodón primorosamente tejida, un banquillo de madera labrada, y una jícara con gracia esculpida, y pintada al exterior de colores que hacían contraste con la blancura mate de su interior. El regalo no era superfluo ni gratuito, sino bien intencionado: todo el que lo recibía quedaba, por el mismo hecho, obligado á dar en su casa una fiesta semejante, y á invitar á los que se habían encontrado en el convite que concluía: así conseguían que, en perpetuo giro, se menudeasen y tornasen, en el transcurso del año, opíparos banquetes entre los nobles y caciques de cada pueblo.

Aumentaban los goces del festín, las represen-

<sup>1</sup> Empanadas de carne (*muzub bak*), pasteles de pavo (*ulmiluah*), tamales de venado (*ceheluah*), pan con frijoles metidos dentro (*muzub*).

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

taciones de breves piezas cómicas en que tomaban parte farsantes más ó menos diestros, que con vestidos á semejanza de los sacerdotes, se proponían hacer reir con remedos de las costumbres del país, y chistes ridículos alusivos á personas determinadas. Llamaban á estas comedias *balsamil*, *chomthan*, y los cómicos que las representaban *balsam*, *xtol*. Se celebraban además, algunas veces, de noche, en las casas particulares, y entonces terminaban con borracheras.

Otras veces acompañaban estas representaciones de cántigas y canciones divertidas: al son de los *tunkules*, ó atabales, de los caramillos, y de las conchas de tortuga tocadas con cuernos de ciervo, cantaban estrofas alegóricas, históricas ó mitológicas.

A la par de las cántigas se solazaban con bailes de distintas clases, y de pasos artificiosos, alegres y festivos. El baile era muy popular entre los mayas, y se puede decir que era un rasgo esencial de sus costumbres, y un elemento indispensable en su vida. El baile se mezclaba en todas las solemnidades públicas y privadas, religiosas y civiles; cambiaba de figuras según las circunstancias en que se verificaba; sus pasos se acomodaban al objeto á que se dedicaban; y el tono variaba con el motivo ó razón que le daba lugar. Se bailaba en las fiestas de familia; en las ceremonias sagradas no podía prescindirse del baile; y en las fiestas públicas servía de mayor incentivo. Los destinados á estas últimas eran variados y numerosos; pero se distinguían, como más donosos, el baile de las cañas (*lolomché*), y el baile de las *banderas*.

Bailábase el *lolomché*, al son de los caramillos y caracoles, por una cuadrilla de jóvenes pintados de negro de pies á cabeza, adornados de plumas y guirnaldas, y ataviados con el ligero ceñidor de cabos colgantes. Formaban una rueda, y mientras los caramillos lanzaban plañideros sonidos al compás del tamboril, y todos coreaban las estrofas de melancólica cántiga, dos bailadores salían de la rueda al centro: uno con un manojo de varillas en la mano, y otro con un palillo. Siguiendo el son de la música, bailaban, uno de pie, y el otro en cucullas; aquel tirando las varillas con fuerza, y éste recibíendolas con diestra agilidad; y, cuando la pareja se cansaba, volvía á la rueda, y salía otra, y otra, hasta que tocase á todos los individuos de la cuadrilla, y, acabada la rueda, empezaba de nuevo, sin interrupción. A veces todo el día entero no cesaban de bailar sino el tiempo necesario para comer y beber.

El baile de las *banderas* era dirigido por el *holpop*: lo ejecutaban ochocientos y más individuos, llevando sendas banderolas, marchando á compás guerrero, sin la más leve desinencia ni desbarajuste. La concha de tortuga, tañida con la palma de la mano, daba sonidos lúgubres y tristes, que, acordes con los de las trompetillas y *tunkules*, acompañaban estrofas de himnos guerreros.